

BIBLIOTECA

Selecta

J. D. MOSCOTE

Vocación Filosófica del Doctor Justo Arosemena

MIGUEL DE UNAMUNO

El Marqués de Lumbría

Notas de
Diego Domínguez Caballero
y Baltasar Isaza Calderón.

LAS MEJORES FIRMAS

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Oficinas: Avenida Ancón 73.
Apartado postal: 3181
Teléfono: 1436-L

Panamá ,República de Panamá.

Distribuidores exclusivos para Panamá y Exterior
AGENCIA INTERNACIONAL DE PUBLICACIONES
J. MENENDEZ Y CIA.
Plaza Catedral Panamá Teléfono: 2063-J Apartado 1374

Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva.

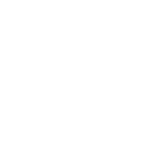
Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

**COMPANIA
PANAMEÑA DE
FUERZA Y LUZ**

C O R T E S I A



A cada persona que nos remita el cupón tendremos mucho gusto de enviarle como prueba gratis, sin compromiso alguno, varias muestras de nuestra leche.

CUPON SELECTA

SANTA ELENA
Apartado 3
Panamá

nombre

dirección

cuántas botellas consume diariamente

HAGASE
MIEMBRO
DEL

CLUB
DE AMIGOS
DEL LIBRO



Servicio de Lewis
Ave. Central 124
Casa Zaldo
Ave. Central 45
Radio Center
Colón

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año 1 — ENERO DE 1946 — Numero 1

J. D. MOSCOTE

Vocación Filosófica del Doctor Justo Arosemena

•

MIGUEL DE UNAMUNO

El Marqués de Lumbría

Notas de
Diego Domínguez Caballero
y Baltasar Isaza Calderón.

•

BIBLIOTECA SELECTA

P A N A M A

1 9 4 6

EN EL PROXIMO NUMERO PUBLICAREMOS

UNA OBRA INEDITA DEL DOCTOR

Octavio Méndez Pereira

Y UNA NOVELA CORTA DE

STEFAN SWEIG

"LA INSTITUTRIZ"



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO • ENCUADERNACIONES

IMPRESA DE LA ACADEMIA
Calle Juan B. Sosa, No. 8. — Panamá, R. de P.

J. D. MOSCOTE

Nació en 1879 en Cartagena de Colombia. Hizo sus estudios secundarios y universitarios en la Universidad de Bolívar de dicha ciudad, y se graduó de doctor en Derecho y Ciencias Políticas en 1900. Se radicó en Panamá desde 1908. No ha viajado, ni conocido mas mundo que el de su solar nativo y el de la República de Panamá, en donde se determinó su personalidad intelectual. Ha sido maestro de escuela primaria; inspector del distrito capital; inspector general de enseñanza; profesor secundario de Castellano, Psicología educativa y Filosofía; vice-rector y rector del Instituto Nacional; Catedrático de Filosofía de Derecho, de Ciencia Política y de Derecho Constitucional; decano de la Facultad de Derecho y decano general de la Universidad; destino este que se creó para el doctor Moscote por la Asamblea de 1936 en atención a sus servicios a la educación nacional. Fue comisionado, junto con el doctor Octavio Méndez Pereira, para que organizara la Universidad Nacional. Sus labores educativas y jurídicas de cátedra le han merecido distinciones de los gobiernos del Ecuador, de Venezuela y de Francia. Es miembro de la Academia Panameña de la Lengua y de la colombiana de Jurisprudencia. El doctor Moscote ha sido, por encima de todo, un profesor de idealismo, un educador de elevados quilates espirituales y su nombre quedará vinculado permanentemente por derecho propio de trabajo, desinteresado y constructivo, a la historia del desenvolvimiento de la educación pública panameña. Su obra no ha sido la del profesor adocenado que recibe un sueldo del Estado y no tiene ninguna preocupación trascendente de carácter social. Por eso, al propio tiempo que ha sido un funcionario consagrado y uno de los pocos profesores de verdad en el elenco universitario de la República, ha escrito y publicado sin propósitos utilitarios, varios libros de índole educativa y científica que por sí solos serían suficientes para asegurarle un puesto prominente en la intelectualidad panameña: *Discursos y Conferencias*, *Pájaros Idealistas*, *Motivos*, *Una Experiencia*, *Introducción al estudio de la Constitución*, *Orientaciones hacia la reforma Constitucional* y *Estudios Constitucionales*, entre otros, acreditan la anterior afirmación. En medio de sus labores ordinarias el doctor Moscote ha tenido aún tiempo para dirigir periódicos y revistas como el *Diario de Panamá*, *El Tiempo*, *La Revista Nueva*, *La Revista de Instrucción Pública*, *La Educación Nacional*, *El Nuevo Tiempo* y la *Revista de la Universidad*, que han sido exponentes de la cultura del país. Fué Moscote, en fin, de los animadores de la revista *Quasimodo*, de circulación continental y la más libre y liberal, sin duda alguna, que se ha publicado en Panamá. El doctor Moscote ha sido Magistrado del Tribunal Superior del Primer Distrito Judicial. Es ahora Magistrado Presidente del Tribunal de lo Contencioso Administrativo.

(Cortesía de los Editores Ferguson & Ferguson)

BIBLIOGRAFIA

1. Conferencias del Instituto Nacional (1914).
2. Discursos y conferencias (1916).
3. Paginas idealistas (1917).
4. Renacimiento del Derecho Natural (traducción) (1920).
5. Motivos (1924).
6. Ideas e instituciones políticas americanas (traducción) (1928).
7. Ideas e instituciones políticas americanas (traducción) (1931).
7. Introducción al estudio de la Constitución (1929).
8. Una experiencia, seis años de rectorado en el Instituto Nacional (1931).
9. Orientaciones a la reforma constitucional (1934).
10. Actividades prácticas del maestro rural (1936).
11. Estudios constitucionales (1938).
12. Exposición de Motivos y Proyecto de ley de la jurisdicción contencioso—administrativa. (1943).
13. El Derecho Constitucional Panameño (1943).
14. Anteproyecto de Constitución en asocio de los doctores Ricardo J. Alfaro y Eduardo Chiari. (1945).

DIARIOS Y REVISTAS

El Diario de Panamá. (1916-1918-1932).
El Tiempo (1918-1920).
La Revista Nueva (1914-1918).
La Educación Nacional (1924).
Revista de Instrucción Pública (1912-1914).
La Antena (1931).
Revista de la Universidad (1935-1940).



NOTA PRELIMINAR

Por Diego Domínguez Caballero

Con el magnífico ensayo del Dr. José D. Moscote, "Vocación Filosófica del Dr. Justo Arosemena", se inicia la colección Biblioteca Selecta, dirigida, de manera hábil e inteligente, por el Poeta Rogelio Sinán. Mis palabras acerca del Dr. Moscote, que me han sido pedidas por el Director Sinán, necesitan confinarse en las fronteras de una sencilla conversación: nos sentimos incapaces para aprisionar en unas cuantas cuartillas, marco obligado del carácter de la presente publicación, la labor poliédrica del Dr. Moscote.

Panamá y la Filosofía Latinoamericana

Es de suma oportunidad la publicación de este ensayo acerca de la vocación filosófica del Dr. Justo Arosemena, el panameño representativo por excelencia. Hablo de su oportunidad por el hecho de que, actualmente, junto con un renovado interés en torno a la filosofía, se ha despertado el deseo de valorar el ambiente filosófico de Latinoamérica; así como la posible condición o vocación filosófica de algunos de sus pensadores.

Latinoamérica discute el problema filosófico; confecciona panoramas filosóficos; busca las influencias de determinados movimientos filosóficos y, con la linterna encendida, sale en busca de filósofos.

Y, con este propósito, se extrae de artículos y libros todo lo que puede parecer filosofía; todo lo que en una adición, que por lo demás no deja de ser curiosa, pueda arrojarnos un total que se aproxime, más o menos, a la concepción austera de un pensador filosófico.

Pero hay una realidad que detiene el entusiasmo como muro inaccesible; que nos deja la amarga desilusión de que llamamos a una mansión sin habitantes o la desesperante sensación onírica de un grito sin voz. Si por filosofía se entiende la aportación original de un sistema de ideas acerca de una concepción del hombre y del universo y de sus posibles relaciones, podemos decir que no existe una filosofía latinoamericana. No hay una filosofía panameña como no la hay boliviana o argentina o chilena. Pero si por filosofía se entiende la suma de creencias que tanto

cada pueblo como cada individuo llevan a través de la vida; que los ayuda a vivir o a agonizar; a formar sus actitudes y construir sus hábitos; que actúa como agente catalítico necesario de sus reacciones. entonces, si podemos hablar no sólo de una filosofía boliviana, argentina o chilena sino de una filosofía panameña. Y esta suma de creencias, esta actitud vital de los pueblos o individuos latinoamericanos ha girado siempre es menester decirlo sin titubeos, alrededor de la filosofía europea con alguna influencia, muy tenue por cierto, por parte de la filosofía norteamericana. Nosotros no hemos sido más que lectores y comentadores de Santo Tomás, Comte, Bergson u otro filósofo que, por circunstancia feliz o desgraciada, se haya puesto de moda.

El Agitador Filosófico

Como ya lo han advertido comentadores del movimiento filosófico latinoamericano no hemos tenido filósofos sistemáticos y originales sino agitadores del ambiente, las más de las veces estrecho, rutinario y aniquilador; impulsadores de los pocos espíritus inquietos; a veces, también, líderes de pequeñas “élites” que se adornaban y se adornan con la filosofía sin que ella sea realmente una labor vital.

Podríamos distinguir dos grupos principales: los guardianes celosos de la tradición con los escolásticos o tomistas y los irritadores de esa misma tradición con los comtianos y positivistas. Muchos de estos últimos, los positivistas, sin comprender la con-

tradición a la cual tenía que enfrentarse su actitud agnóstica: un agnosticismo que llevaba en sí la implicación—no dejaba de reconocerlo Spencer—de afirmar la existencia de ese “mundo desconocido” o sobrenatural en el cual no se había entrado ni se podía entrar. El positivismo llevaba en su seno las semillas de su propia destrucción. No es sino últimamente cuando ya se comienza a superar en la mayoría de los latinoamericanos ese positivismo con un regreso a lo espiritual.

Y en Panamá donde no sólo no se hace filosofía sino que apenas si se lee filosofía y, lo que es peor y deshonesto, muchas veces se comenta y habla de filosofía sin haber abierto un libro de la materia; es en Panamá, de cuya situación filosófica y cultural hacemos actualmente un estudio, cuyas notas nos están sirviendo para los presentes comentarios, donde el Dr. Moscote ha tenido esa función de agitador del ambiente; de impulsador de la juventud, única mañana de nuestra pobre patria; de opositor de la tradición en lo que tiene de congelación del pasado. Y que no es poco lo que estos inquietadores del ambiente —empeñados en anunciar auroras— habían de sufrir de parte de los miembros de una sociedad semicolonial, apegada a la noche de su tradición con insistencia de parásita; incomprensiva; con el deseo insistente de que la República permaneciera como la ciudad de la Bella Durmiente: sin que nada ni nadie cambiara, hasta la resurrección eterna.

Actitud filosófica del Dr. Moscote

Nicolás Victoria, uno de nuestros estudiosos, ha dicho que al Dr. Moscote "se le nota algunas veces intención de orientarse en un eclecticismo que no por lo bien intencionado deja de ser inaceptable". No sé hasta qué punto, con ese "algunas veces" salvador, ésta sea una definición de la actitud filosófica del Dr. Moscote. O no sabemos si cuando el Prof. Victoria hizo la observación (Enero de 1917), comenzara el Dr. Moscote a enmendarse de su pecado ecléctico. Ahora bien, si por eclecticismo se entiende una serie de teorías filosóficas reunidas sin verdadera ligazón, así como un ramillete floral atractivo y caprichoso; es decir, si se entiende como un mero agregado sin vida, sin que forme un organismo, hecho de manera arbitraria, sin un sistema de circulación, nosotros rechazamos para el Dr. Moscote el título de ecléctico. Si se piensa en eclecticismo como esa labor que ejecuta el pensador por medio de la cual trata de conciliar los elementos similares de las diversas teorías y, bajo ciertas preferencias subjetivas, los integra en un sistema, guiado por cierto móvil o principio superior, engendra y da a luz un organismo palpitante, entonces, se podría decir que toda nueva teoría filosófica es eclecticismo.

Nosotros al tratar de analizar y presentar al amable lector la actitud filosófica del Dr. Moscote, lo hacemos preocupados y teniendo como mira única su suma de creencias: ese bagaje imprescindible a todo hombre en su aventura vital. Es interesante este es-

tudio porque el Dr. Moscote ha sido dirigente ideológico de gran parte de nuestra juventud. Ha sido uno de los que ha señalado la meta que debía perseguir nuestra educación. Colocado en las posiciones claves de maestro, profesor, Rector del Instituto Nacional, gestor ideológico de nuestra Universidad Nacional, donde es actualmente Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas, el Dr. Moscote ha tenido amplia oportunidad de influir sobre la nueva generación panameña.

La actitud del Dr. Moscote es preciso decantarla a través de sus artículos y preferencias filosóficas. Dice el Dr. Moscote: "Los hombres nos sentimos cada día más ansiosos de saber pero no está comprobada la experiencia de que estemos cansados de creer". Otra cita "Bien está, según nuestras ideas, que la escuela no sea sierva dócil de los sectarismos políticos y religiosos o que trata de sustraerse a la tiranía de las pasiones y los intereses humanos de los hombres pero malo y muy malo es que caiga en el extremo de un indiferentismo incoloro que le impida invocar francamente el nombre de Dios, como fuente absoluta de inspiración moral". En un magnífico ensayo acerca de la importancia de la inclusión de la filosofía en el plan de estudios del Liceo en contra de aquellos que "querían verla desaparecer de allí ya en nombre de un cientifismo demasiado presuntuoso, ya en el de una pedagogía que, por lo visto, va resultando asaz exigente" nos dice: "Bendita sea esta civilización material, término de tantos afanes y ante cuyo altar se sacrifican tantos ídolos, pero por qué ha de ser cosa de menor precio el que dediquemos lo mejor

*de nuestras capacidades a averiguar con ejemplar ahinco lo que haya de positivo en ese otro mundo que cada cual siente bullir dentro de sí mismo? Por qué al pensamiento debe serle vedado el tratar de abarcar en una gran síntesis la inmensa extensión de los fenómenos y leyes del mundo moral? Qué realidad más evidente que la del espíritu ni qué ocupación más digna del hombre culto que la de investigar el fundamento de las verdades inmateriales y eternas?*²³⁸

El lector de Wundt

En las citas anteriores el Dr. Moscote se hace eco, sin duda, de ese movimiento que después de toda la algazara del cientifismo propaga Bergson. No es por eso extraño que el Dr. Moscote cite al “ilustre filósofo” Wundt para corroborar su actitud filosófica. Wundt constituye, si se puede decir, la primera reacción de gran alcance contra el positivismo de la época, en el cual se había tratado de aprisionar a ese “animal metafísico” que es el hombre. Wundt trata de efectuar una especie de síntesis en la cual entre una actitud filosófica que use el método científico. Y es así como traspasa los límites del naturalismo al afirmar la autonomía y la importancia de las ciencias del espíritu. Aunque se podría decir que el pensamiento de Wundt fué gestado en el positivismo y el naturalismo, él trata de alejarse de esas influencias. Esta actitud de Wundt viene a ser el período de transición entre el positivismo y las tendencias filosóficas actuales. Y el Dr. Moscote, lector cuidadoso

de Wundt, muestra influencias indudables de este filósofo. Permitásenos recordar que en Wundt se advierte una actitud evolucionista e idealista y aunque esto significa dejar a un lado la idea de una intuición romántica, acepta la importancia de una moral teórico-práctica “llamada a despertar altos ideales en el corazón de la juventud que se levanta”. Y nos dice el Dr. Moscote que “naturalmente, el carácter de la Filosofía, es a la vez, metafísico y científico”. Es interesante la interpretación wundtiana del Dr. Moscote acerca de la misión del profesor de filosofía “El objeto, pues, que ante todo buscará el profesor a quien se confíe la enseñanza de la Filosofía en nuestro Instituto queda claramente fijado: establecer el culto desinteresado de la vida espiritual sin sectarismos de ninguna clase que conduzcan al menosprecio de lo que legítimamente le es debido a la vida material; hacer que se arraigue en la conciencia de los jóvenes la idea primordial de la unidad de la Ciencia y la Filosofía...” El Dr. Moscote nos habla de la filosofía como de la “grau libertadora de los espíritus”.

Definida así la posición ideológica del Dr. Moscote, posición que la vemos manifestarse de una manera reiterada en todos sus artículos, programas de enseñanza, polémicas, etc. sería interesante ver la forma en que ha influido en nuestra nacionalidad y si hay algo en la educación panameña que refleje en realidad, esa actitud de la cual el Dr. Moscote fué uno de los más activos impulsores.



Vocación Filosófica del Dr Justo Arosemena

La activa participación que el doctor Arosemena tuvo en los negocios de Colombia, como publicista, como legislador, como miembro connotado de un partido histórico, como diplomático de larga, dilatada carrera, fué considerable y no pocas veces de resultados decisivos. Para aquilatar esa participación en que tanto se destacó su personalidad, es necesario detenerse a considerar los elementos formativos de ésta, los que la caracterizaban desde los albores de su vida de modo inconfundible.

La primera manifestación apreciable en este sentido data del año de 1840 cuando joven de veintidós años publica en Nueva York un opúsculo que tituló *Apuntaciones para la introducción a las ciencias morales y políticas*, con el propósito, según sus propias palabras, de exponer “los principios generales” y “las ideas más comunes” e indispensables para penetrar “la verdadera índole” de dichas ciencias.

Fué este, no hay duda, un propósito de grande alcance llevado a cabo, como él lo concibió, en la reducida cantidad de un centenar de páginas. Hasta esa época, en la historia de las ciencias morales y políticas, nada se había escrito todavía que tuviese tal específico carácter. Es verdad que Hobbes había publicado desde mucho tiempo antes su famoso tratado *De Cive*, mezcla del más juicioso positivismo y de las más extremadas deducciones lógicas en el cual toda la doctrina del llamado *Derecho natural*, aparece fundada en la observación y la experiencia. Es cierto que la Moral había recibido para entonces la vigorosa orientación positiva que le había dado Helvecio al afirmar que “nuestros pensamientos y nuestras voluntades son consecuencias necesarias de las impresiones que hemos recibido”. Y es asimismo innegable que los libros de Jeremías Bentham habían pasado ya a este lado del Atlántico y encontrado adeptos fervorosos y entusiastas en nuestro continente en donde muchas de las ideas que exponía el doctor Arosemena tenían ya sus sacerdotes que las defendían en cenáculos literarios y las propagaban desde lo alto de la cátedra universitaria. Empero si estas consideraciones no son muy propicias a que en vista de ellas se conceda al doctor Arosemena la gracia de la originalidad en todo cuanto pretende enseñar en nada invalidan el mérito, que no por relativo carece de importancia, de ser los *Apuntes* una muy inteligente sistematización de las ideas capitales de los pensadores mencionados, principalmente de las de Bentham.

La obra, considerada cronológicamente, es no sólo la primera producción de aliento de un joven estudioso, sino uno de los primeros frutos literarios de la enseñanza del utilitarismo en la Nueva Granada. La propaganda de San-

tander. Soto y Azuero y del mismo Bolívar, introductores en los colegios oficiales de la tan debatida doctrina político-filosófica, encontraba, quince años después de iniciada, una recompensa halagadora y con ella, reforzada la corriente ideológica que, con algunas intermitencias, nutrió durante casi medio siglo el espíritu de la educación universitaria. Vicente Azuero, Ezequiel Rojas y José María Rojas Garrido, entre otros, el uno en su *Filosofía Moral* y todos en la cátedra, en el periódico y en el parlamento, fueron los portaestandartes del utilitarismo, y la influencia que ellos ejercieron en la juventud colombiana es indiscutible; pero la historia de las ideas, que no debe ser menos respetuosa de la verdad que cualquiera otra historia exige que el nombre de Justo Arosemena figure entre los que encabezan la no muy extensa lista de obras que en tal dirección filosófica componen la bibliografía colombiana.

¿Cuál era la filiación mental del doctor Arosemena? ¿Cómo se planteó él las diversas cuestiones que el utilitarismo ha tenido que resolver para asumir el carácter de doctrina de la conducta individual y social? ¿Es nuestro filósofo un mero y audaz rapsoda de esta doctrina, o, por el contrario, hay en su obra reflexión y pensamientos tales que le ameriten a los ojos de la crítica?

Para la época en que el doctor Arosemena da a luz su opúsculo es ya un espíritu provisto de abundante y jugosa lectura. Ha leído los clásicos de la filosofía antigua, y especialmente a Epicuro. Conoce el movimiento emancipador del pensamiento humano iniciado por Bacon. Ha entrado en relaciones con Locke, Hobbes y Helvecio y no ignora los delirios del Barón de Holbach, de Volney y de Rosseau. Por la ideología de Tracy ha penetrado en el

sensualismo de Condillac, y ha sufrido la impresión de Cabanis hasta el extremo de que un poco más adelante someterá su propia persona a la prueba de un examen frenológico. Fué, no obstante, el punto de partida de estas audaces excursiones, dadas las condiciones de aquellos tiempos, la necesidad de comprender el moralismo de Bentham que era el motivo principal de sus preocupaciones. Los elementos especulativos de su liberalismo político los había tomado de Benjamin Constant, ese espíritu sereno y amplio a quien la crítica francesa ha adjudicado, con justicia, el título glorioso de "maestro de escuela de la libertad". La tradición de la casa paterna, las primeras impresiones de la escuela, sus propias inclinaciones, el ambiente del colegio de San Bartolomé y el ejemplo de sus eminentes profesores fueron, a no dudarlo, los factores poderosos que determinaron en el doctor Arosemena esta orientación de su espíritu que, por otra parte, tanto lo distinguía, ese diligente curiosar propio de los enamorados de la verdad. Dadas tales circunstancias, resulta enteramente natural que él también llegara, como muchos de sus contemporáneos, a encontrar el "símbolo supremo del pensamiento liberal militante" en las libres y rotundas afirmaciones de los corifeos mencionados.

A pesar de todo esto, sobre las características de la juventud liberal de su tiempo, derivadas de las causas señaladas y que lleva a considerar cuánto y cuán poderoso era el influjo que los mencionados ideólogos ejercían todavía en la mente de esa juventud, el doctor Arosemena poseía otras que la daban un sello especial a la estructura de su mente. En posesión de la lengua inglesa, valioso instrumento de cultura, que dominaba desde su infancia, como hemos visto, lo utilizó para penetrar por

si propio en el pensamiento inglés leyendo directamente las numerosas obras del mismo Bentham y de otros autores clásicos en las disciplinas morales y sociales y de aquí el hábito que adquirió para siempre de dar a sus producciones ese carácter de rigurosa exactitud en cuanto a la presentación de las ideas o los hechos que le servían de argumento y de extremada sencillez en cuanto a la forma. No se podría, a causa de tal hábito, señalar en los *Apuntamientos* ni en ninguno de sus trabajos posteriores trazas de ser el hombre de teorías trascendentales ni de tesis metafísicas; por el contrario, siempre se rebeló contra tales modalidades del pensamiento considerándolas buenas sólo para servir a la imaginación y al espíritu poético, y siempre calificó con adjetivos despectivos el lenguaje ampuloso, hecho de figuras de retórica. En los mismos *Apuntamientos*, en el prólogo, excusándose de lo poco exornado que es su estilo nos dice que si las obras científicas han de ser rigurosamente exactas tiene como "artículo de fe que no será posible conciliar las flores y demás adornos del lenguaje con una dicción rígida y una expresión ajustada. El escritor --agrega-- que quiere ser exacto se ve obligado a emplear siempre para la misma idea la misma palabra; no puede escoger a su sabor las frases más galanas e insinuantes, que son las que constituyen lo que se llama elocuencia, sino que tiene que adoptar las que expresen bien su concepción y ninguna otra; todo lo cual, como se palpa, es incompatible con la hermosura y la brillantez del estilo".

Su preocupación dominante fué, pues, como no podía menos de serlo, la de analizarlo todo, la de someterlo todo a la doble criba de la observación y la experiencia antes de prestarle el asenso que sólo merecen los hechos

en su "rigor inflexible". Por aquí puede verse cuanto había andado el doctor Arosemena en el camino del positivismo en una época en que la obra de Augusto Comte apenas si había sido terminada. Sin embargo, hay que observar, para evitar una errada inteligencia, que nos hallamos muy lejos de asignar a nuestro compatriota el título de precursor de tal sistema de filosofía, pues no se nos oculta que existe bastante diferencia entre una simple actitud mental derivada, por asimilación, de la lectura intensa de pensadores que vislumbraron la necesaria supremacía de los hechos en la constitución de las ciencias morales, y la profesión, digamos así, de un conjunto más o menos sistemático de ideas que pudieran ser consideradas como una determinada orientación filosófica. El positivismo del doctor Arosemena es sólo la filtración en su mente del genio inglés, práctico en la investigación de la verdad, objetivamente utilitarista en la apreciación de los hechos y frío, acaso demasiado frío, en la construcción literaria de sus síntesis o generalizaciones. La juventud liberal ungida, como él, con el óleo de unas mismas doctrinas filosófico-políticas, y especialmente aquella que en la altiplanicie comenzaba a agitarse en la vida pública con algaradas en las barras de los congresos y con artículos de política romántica en la prensa periódica no era ciertamente como la a que pertenecía el doctor Arosemena. Aquélla, a pesar de su idealismo, continuaba imbuída, sin saberlo, sin quererlo, en lo que acertadamente llamó Taine el espíritu clásico, especie de ligadura invisible, pero poderosa, que dejando el pensamiento en libertad aparente en realidad lo mantiene encadenado al poste de la tradición, alimentándolo de todo lo bueno o malo que haya en ella. La diferencia entre la mentalidad del doctor Arose-

mena y la de la mayor parte de los jóvenes liberales contemporáneos suyos, formadas bajo el régimen de unas mismas enseñanzas, en el fondo, es la misma diferencia que siempre ha existido entre las dos corrientes del liberalismo colombiano, la una turbulenta, pasional, precisamente por su raigambre espiritual tradicionalista y la otra calmada, reflexiva, escéptica, sinceramente respetuosa de las ideas ajenas porque la experiencia no le ha dicho la última palabra.

La filiación ideológica de un autor constituye ordinariamente un indicio seguro de la manera cómo estudiará y resolverá las cuestiones incluídas en un problema dado. Cuando esta regla parece no cumplirse no es que nos hallamos en presencia de excepciones que la destruyen, sino de casos cuya complejidad ha impedido que se determine de qué carácter es la correspondencia existente entre el autor y su producción literaria, artística o científica. Los *Apuntamientos* son justamente, la obra que debía producir un hombre de las características intelectuales del doctor Justo Arosemena.

He aquí un breve resumen de las ideas más importantes de este opúsculo:

Los “principios generales” que deben servir de base a las ciencias morales y políticas, lejos de ser simples opiniones o concepciones abstractas, hijas del pensamiento especulativo, deben ser juicios contruídos sobre hechos tan evidentes como los del mundo físico. Los medios de investigación que nos permiten acercarnos lo más posible a la verdad son los sentidos cuya importancia es tal que la “idea de existencia está íntimamente ligada a la de sensibilidad”. Nuestros sentidos, sin embargo, nos engañan con mucha frecuencia dándonos copias falsas de las cosas por lo cual es preciso que preceda una valora-

ción de todos ellos hasta encontrar el más aparente para constituir con él un criterio seguro de verdad. Lo encontramos en el tacto, ayudado por la vista. ¿No tenemos más que hacer? ¿Qué debemos pensar del escepticismo de Pirrón? ¿Qué del individualismo subjetivista de Protágoras? ¿Qué valor tiene el idealismo absoluto de Platón? Un examen detenido de las diversas soluciones ofrecidas por estas escuelas nos pone en el ineludible caso de rechazarlas en cuanto pretenden elevarse al rango de teorías absolutas del conocimiento humano. Con el auxilio de los sentidos solamente nuestro conocimiento de la realidad será demasiado imperfecto y de aquí que tengamos que ayudarlos con otros medios cuyo recto uso elimina muchas dificultades en la investigación de la verdad. Son éstos: la observación, la experiencia propia y ajena, el análisis, en virtud del cual “se descubrieron las ideas de causa y efecto”, la síntesis, “creación de la mente misma que sirve para clasificar los hechos” y es como “el abogado que sin curarse de la justicia de la causa la defiende a capa y espada, al contrario de lo que hace el análisis que procede como el juez recto que sólo falla después de escudriñar mucho la verdad”. El objeto principal de estos medios es evitar las causas probables de error, lo que será más fácil de conseguir si los investigadores conocen dichas causas. “Las nociones que nos enseñan a distinguir y precisar bien los hechos se llaman *factológicas* y constituyen la introducción necesaria a toda ciencia y especialmente a la que describe los hechos morales y políticos”.

No es, con todo, suficiente que sepamos distinguir y precisar los hechos. Falta hace también que el lenguaje que empleemos para traducirlo sea exacto y de modo es-

pecial el que sirva de expresión a los que estudian las ciencias de que se trata. Por descuido en el lenguaje las ciencias morales y políticas han estado sumidas en un caos de vaguedades y confusiones. Qué son los *principios* de que en ella se habla constantemente sino meras palabras que cambian de significación a voluntad de los interesados? Esa clase de *principios* profesaron los Nerones, los Cromwells y los hombres de la revolución francesa, todos los tiranos. El *principio de libertad*, tal como lo han entendido los políticos humanitarios, “denota una cosa que no ha existido jamás puesto que se ha querido que signifique una facultad de obrar sin que nuestras acciones sean determinadas por influencias irresistibles, lo que sería obrar sin motivo, cosa ajena al corazón humano”. Se ha olvidado que “el hombre no mueve un solo dedo sino buscando el placer o huyendo del dolor aunque no lo apercibamos siempre por lo tenue de las relaciones o por otras causas”. El *principio de igualdad* y los demás que se ocultan bajo expresiones tales “como *derechos del hombre, derecho natural, deberes* (cuando no se refieren a la ley positiva), *justicia, equidad, conciencia, sentido íntimo, común o moral* y otras por el estilo se han usado siempre en los más elásticos sentidos, lo que prueba que son meras opiniones en boca de quienes las usan y que, por lo mismo, no connotan cosa alguna que pueda servir de fundamento a la moral”. El sistema del contrato social de Rousseau, fundado sobre principios arbitrarios, no merece más atención. En resumen, los que han intentado fundar sistemas de moral y de política sobre tales principios son hombres que se imaginan que “las ciencias son edificios con sus cimientos, columnas, etc., y no lo que deben ser descripciones de lo que es o pasa”.

"El hecho fundamental de que parten las ciencias morales y políticas es la existencia de las sociedades. Los hombres existen reunidos en sociedad, están en contacto unos con otros, su conducta influye en su felicidad y necesitan de leyes: he aquí todo lo que verdaderamente importa saber y nada más".

Desechados todos los sistemas, inclusive el de Rousseau por falso y anti-científico, aun sin dejar de reconocer el influjo que así y todo ha ejercido en la organización política de las naciones modernas, hay que admitir que la conducta no es determinada, sino por los móviles del placer y del dolor, así se trate de las acciones más desinteresadas. Por lo tanto, es necesario buscar la fórmula ideal de esa conducta. Son insuficientes, por de pronto, las del doctor Priestley y las de Bentham: "la mayor dicha del mayor número" y "la maximización de la dicha". Hay que establecer la del *bonopreponderismo* que tiene la ventaja de comprender a la vez el elemento cuantitativo y el cualitativo del placer utilitario. Y cambiada la fórmula sería preciso, además, modificar toda fraseología usual con la que el hedonismo bien entendido no puede armonizar. "Las palabras *orgullo, avaricia, ambición y otras* mil que llevan consigo la idea de reprobación; las de *patriotismo, honor, lealtad*, son favorables con una idea de aprobación. No sería mejor sustituirlas con las de *amor de sí mismo, amor de riqueza, amor del poder, amor de la patria, respeto a la opinión pública y constancia en el afecto*, respectivamente, que ningún prejuicio envuelven?"

Íntimamente relacionada con la fórmula que expresa la conducta ideal humana está la doctrina de la virtud. El Bien y la Felicidad son términos que se confunden a

condición de que por el último se entienda “una suma de bienes efectivos”. Ahora bien, “del número y calidad de éstos, junto con los beneficios de la virtud, es que depende el que el virtuoso sea o no feliz y quien haga mofa del placer como principio de felicidad debe saber que lo dañoso no es el goce del placer mismo sino el abuso que del placer se haga, lo que puede ocurrir así en el placer físico como en el moral. Ha habido, pues, “injusticia y ligereza al censurar a Epicuro tan amargamente, como se ha hecho considerándolo fundador de un sistema subversivo de la moral”. Este filósofo no ha dicho sino la verdad, porque “lo es indudablemente que todo placer es apetecible en sí y que sólo las malas consecuencias que puede tener son los que lo hacen en tal caso digno de reproche. Un placer puro, un placer sin mezcla de pena, cualesquiera que sean su naturaleza y los órganos por donde se trasmita, es lícito, es recomendable, es digno de nuestros esfuerzos por conseguirlo”.

“Nuestras acciones —dice— son siempre determinadas por los motivos más fuertes de los que nos afectan, y esta fuerza en último resultado es del todo independiente de nuestra voluntad. La conducta, por tanto, es en el hombre tan necesaria como lo es su estado de salud o enfermedad, según las causas que en él obren. No es menos forzosa e indispensable, tal como ella tiene lugar en cada individuo, que lo es el curso de las estaciones, la sucesión del día y de la noche, los eclipses, la reproducción, la vida la muerte, y en suma todo lo que pasa en la naturaleza como consecuencia precisa de sus causas”.

“No puede esperarse un cambio de conducta sin que lo haya en los motivos, es decir, en la *perspectiva que nos ofrecen las acciones* y aquel conocimiento de que habla-

mos no alteraría en lo más pequeño semejante perspectiva.

"Nada de alarmante tiene la circunstancia de necesidad en la conducta. Por el contrario, esa certeza de que dados ciertos motivos se darán ciertas acciones proporciona la posibilidad de obtener de los hombres la conducta que se quiera empleando las acciones disponibles; y en general inspiran más confianza en su manejo. No es poco poder influir de un modo seguro en la conducta por medio de los motivos artificiales ni es poco poder contar con este o el otro proceder; podremos entonces calcular sobre bases firmes y nos evitaremos los chascos que serían consiguientes a otro orden de cosas. Si no fuera segura la acción de los motivos sobre la conducta nadie podría gozar de tranquilidad un solo instante; porque, qué garantía tendría contra la malevolencia? La confianza es, pues, propia del arreglo actual, y la alarma del arreglo contrario. Si nos chasqueamos hoy a veces aguardando una conducta que luego nos sale fallida, esto proviene de que no tenemos un exacto conocimiento previo de todos los motivos y de su fuerza en tales hombres. Pero estudiadas que sean con perfección las circunstancias que influyen en la sensibilidad, rara vez no se podrá estudiar de antemano con certeza la conducta de los hombres".

El coronamiento, en fin, de la obra debe ser una clasificación general de las diversas ramas de las ciencias morales y políticas que debe expresarse con términos nuevos más precisos que los acostumbrados. El nombre genérico que convendría a todas las ciencias dichas es el de *Praccio-logía* o ciencia general de las acciones humanas; la *Praccio-logía* se ha dividido a su vez en *Prenerguinia*, *Tresquilogía*, *Cuberbenia*, *Plutología*, *Tasiomalía*, *Cateriomalía*, *Podiomalía*, *Pactología* y *Paidiología*. Cada una de estas ciencias

particulares se entiende que debe comprender una parte normativa, reglamentaria, y otra sancionativa.

La primera lectura de una obra como la primera impresión que experimentamos ante un paisaje natural o artístico, o ante un espectáculo cualquiera de los que a diario se nos ofrecen a la vista, nos deja siempre elementos suficientes con los cuales lanzarnos a emitir juicios más o menos aproximados acerca de los objetos que nos han impresionado. Un poco más tarde, sin embargo, cuando ha pasado el momento psicológico de las fugaces impresiones, cuando después de una segunda lectura de la obra o cuando el estudio del paisaje o del espectáculo la reflexión se apodera de nosotros, gustamos volver sobre dichos juicios para rectificarlos y ponerlos en armonía con la realidad de las cosas.

Este doble procedimiento que, como se ve, no tiene nada de artificioso, debe seguirse para absolver la última cuestión propuesta relativa a los *Apuntamientos*.

Desde luego, es evidente que en las páginas de este libro no se siente el aliento vivificador de la originalidad, ni hay en ella ninguna gran inspiración ideológica de las que acarreen transformaciones profundas en el pensamiento humano. Las ideas, los razonamientos, los análisis, y, con bastante frecuencia, hasta el lenguaje mismo denotan, a las claras, lo que ya podía esperarse, es decir, que la mente del doctor Arosemena se hallaba al escribir su libro completamente impregnada de sensualismo y de filosofía utilitarista. Se advierte que, para él, las especulaciones de Destut de Tracy y de Jeremías Bentham constituían senderos definitivos para la inteligencia y que lo que hacía falta más que todo era generalizarlos y divulgarlos para que de ellos tuvieran conocimiento los políticos, los legisladores, y cuán-

tos, en fin, se ocupan en labrar la felicidad de los pueblos. No es esto decir que nuestro autor careciera de intención propia o que los *Apuntamientos* fuesen sólo un amasijo inconexo de ajenas ideas. Nada de esto; es, por el contrario, claro en el prólogo y en el texto del libro el propósito que le guiaba de allegar alguna contribución al progreso de las ciencias morales y políticas tratándolas como un todo homogéneo que debía regirse por unos mismos principios generales. La Deontología y los Tratados de legislación civil y penal del eminente jurista inglés, muy populares entonces en la Nueva Granada, se dirá, respondían a este objeto, pero tal observación sólo es fundada parcialmente por que cualquiera que sea la trascendencia de un pensamiento o de una idea, como en realidad es la contenida en el utilitarismo, siempre es susceptible de nuevos desarrollos que pueden reafirmarla. Bentham aspiró a fundar la moral y a darle un imperio en el campo de la legislación y la política, pero aunque así lo creyera, no insistió mucho en sus obras en la idea que preocupa a su discípulo de que dado el hecho esencial de la existencia de la sociedad humana la distinción entre la moral y la política y sus respectivas subdivisiones es sólo asunto de comodidad y de ninguna manera cuestión esencial. Es verdad, sin embargo, que una manifestación rotunda de este punto de vista no se encuentra en los *Apuntamientos*, pero es lógica su deducción del método que emplea el autor y, sobre todo de la clasificación misma que se halla al final del libro en la que propone el término *Pracciología* destinado a cubrir todo el vasto campo de la conducta humana, considerada individual y socialmente.

En síntesis, el opúsculo del doctor Arosemena es una generalización inteligente de las teorías utilitaristas aplica-

das a todo el dominio de las ciencias morales y políticas que de entonces más debían ser consideradas como absolutamente unidas bajo un mismo método y sujetas a un mismo fin. El historiador que desee trazar algún día el cuadro completo del desenvolvimiento intelectual del país que hoy se llama Colombia encontrará en este libro una apreciable indicación acerca de la intensidad de las corrientes filosóficas que ya lo habían invadido justamente al principiar el segundo cuarto del siglo diecinueve.

El otro punto de vista adoptado para obtener un juicio cabal de los *Apuntamientos* confirma todo cuanto hasta aquí se ha dicho. En efecto, esa preocupación de que las ciencias morales y políticas descansan sobre una base positiva, esa preferencia dada a las informaciones de los sentidos en la apreciación de la verdad, el afán de adaptar el lenguaje a los hechos que se suponen constituyen la nueva ciencia hasta el extremo de inventar términos que corrijan la forma dada por el maestro, unido todo esto a la fidelidad con que se reproduce la doctrina de la virtud de Epicuro, el carácter de necesidad de la conducta y lo indispensable de una escala de valores que nos permita estimar sin riesgo de error la moralidad de las acciones, forman el meollo del utilitarismo tal, por lo menos, como lo había explicado Bentham y como lo han entendido los historiadores de la filosofía posteriores a él. Pero no vamos a insistir en las similitudes ideológicas, por otra parte, necesarias, entre quienes profesan unas mismas ideas y siguen, por consiguiente, una misma dirección científica y filosófica. Lo que más precisa ahora es determinar el grado de importancia que, habida cuenta de todo, tenían los *Apuntamientos* cuando fueron publicados y el que aún pueden tener, dado el progreso que las referidas disciplinas han alcanzado. Es también punto

sumamente interesante precisar lo que tal obra debió significar para el doctor Arosemena.

En primer lugar, es claro que la calificación de la obra no puede hacerse sino de acuerdo con las circunstancias de tiempo y de lugar, y a la luz de tal criterio resulta que los *Apuntamientos* son un estudio de mérito positivo que no pudo menos de honrar al doctor Arosemena quien a la edad en que la mayor parte de los jóvenes no han logrado fijar ideas en disciplina alguna importante él se nos presenta con un extenso caudal de conocimientos bien asimilados en materia ardua y difícil hasta para hombres de inteligencia ya madura. Sus ideas estaban en perfecta armonía con las que presidían la vida universitaria y la vida política de la Nueva Granada, las mismas con que los gobiernos liberales aspiraban a realizar la obra grandiosa de la consolidación de la república. Fue, pues, a este respecto su labor útil, generosa y oportuna.

Por lo que concierne a la estructura literaria y a la organización ideológica del libro, todo denuncia, desde el primer momento, al escritor y al pensador, pero, principalmente, al escritor que el doctor Arosemena quería ser: un escritor conciso, exacto y claro, enemigo de los epítetos y libre para amoldar el idioma a las necesidades del intelecto. De aquí la relativa abundancia de términos nuevos y aun extravagantes de que se vale y el quebrantamiento frecuente e intencional de no pocas reglas del buen decir que él creía útiles, cuando más para esos *honrados majaderos*, los puristas, que se figuran no ser posible escribir nada sin recibir la luz de esos “faros de costa” que son las autoridades del lenguaje.

Qué valor pueden tener todavía las páginas de un libro escrito hace más de tres cuartos de siglo?

Si aceptamos con los escritores y filósofos ortodoxos la teoría que les es tan cara de que hay una actividad general moralmente buena que se basa en la naturaleza humana y en sus acciones consideradas desde el punto de vista de la voluntad libre que las determina, con lo que aceptamos, a la vez, la validez de las nociones clásicas del *deber* y de *derecho natural*, es evidente que ni en 1840 tenían, ni hoy mismo tienen los *Apuntamientos* otro valor que el asignado a todas las llamadas herejías positivistas por los espíritus que ponen el principio de la sabiduría en el temor de Dios. Pero si en lugar de aceptar tal criterio que, objetivamente considerado, no es ni más ni menos verdadero que cualquiera otro, pensamos que siendo la conducta un hecho, una manifestación, algo que sucede, como diría el mismo doctor Arosemena, la ciencia que en su estudio se ocupe no puede guiarse por otros principios que por los de orden físico y natural que la observación y la experiencia descubren y que rigen a las demás ciencias, entonces los *Apuntamientos*, lejos de ser cosa insignificante, adquieren el valor que tienen todas las obras representativas de la tendencia filosófica a que ellas responden. Desde Aristóteles, el primer filósofo utilitarista, hasta el moderno paganismo, no hay ninguna idea, falsa o verdadera, dentro del sistema, que no tenga su utilidad y que no pueda ser aprovechada a manera de advertencia si quiera por los que se esfuerzan en elaborar las bases positivas de las ciencias morales y políticas.

Los libros y los escritos de toda clase constituyen no sólo los datos más fehacientes acerca de la marcha de las ideas y del estado de la cultura mental de un país en determinado período de su vida, sino que también son un gran factor que ayuda en muchos casos a comprender la personalidad intelectual y moral de quien o quienes lo concibie-

ron. Esta última ventaja es de incalculable valor cuando en el escritor hay además un hombre público cuya existencia se ha juzgado digna de ser estudiada por la posteridad. No sería, por ventura, justificado explicar la actuación de este hombre por sus ideas? No podría darse el caso de que éstas fuesen contrarias a aquélla? Y, aun descontada esta posibilidad, no podría existir una disociación completa entre el pensador y el hombre de acción? Tratándose del doctor Arosemena no podríamos avanzar todavía ningún juicio definitivo sobre ninguno de estos respectos sin adelantar algo más en el conocimiento de su vida. Es de observarse, sin embargo, que las primeras indicaciones sorprendidas hasta aquí dan ya esperanzas de habernos encontrado con un hombre en quien el pensamiento dirige la acción, y cuya obra social, política y legislativa, será resultado necesario, no de circunstancias transitorias, sino de un orden de ideas definido. Todo induce a creer que la publicación de los *Apuntamientos* tuvo para el fuero interno del doctor Arosemena el valor de un manifiesto de su vocación política y filosófica. Los principios profesados por sus maestros en la universidad y los adquiridos por él mismo en lectura fructuosa, le habían puesto en capacidad de demostrar con un libro sus felices aptitudes de asimilación y de generalización, pero ese libro, cualquiera que sea su valor como obra literaria o filosófica, tiene, además, la significación de una promesa. Se realizará esta promesa? Dejará de realizarse?

F I N

MIGUEL DE UNAMUNO

NOTA BIOGRAFICA.

— Nació en Bilbao (1864) donde hizo sus primeros estudios. Cursó luego en Madrid Filosofía y Letras convirtiéndose en un profundo poliglota y humanista brillante. Ganó en 1891, la Cátedra de griego en la Universidad de Salamanca, y, en 1901, fué promovido al cargo de rector de la misma.

Atacó acerbamente el régimen monárquico de Alfonso XIII. Fué deportado por Primo de Rivera, a Fuenteventura (1924). Logró escapar a Francia estableciéndose en Hendaya, cerca de España. Con el cambio de régimen (1931) retornó a Salamanca donde fué proclamado "ciudadano de honor" de la República Española. En Salamanca lo sorprendió la guerra civil y murió, el 10. de enero de 1937, víctima de un ataque cardíaco, "cuando trataba de hacer oír su voz para denunciar al mundo la sangrienta impostura fascista."



BIBLIOGRAFIA

En torno al casticismo. (1985)—Paz en la Guerra. Novela. (1897)—De la enseñanza superior en España. (1899)—Tres ensayos: Adentro!, La ideocracia, La Fe. (1900)—Paisajes (1902)—Amor y pedagogía. Novela. (1902)—Andanzas y visiones españolas. (1902)—De mi país. (1903)—Poesías. (1907)—Recuerdos de niñez y mo-

cedad (1908)—La venda. Teatro. (1909)—Doña Lambra. Teatro. (1909)—Un filósofo del sentido común. Mi religión y otros ensayos. (1910)—Por tierras de Portugal y España. (1911)—Rosario de sonetos líricos. (1911)—Soliloquios y conversaciones. (1912)—Contra esto y aquello. (1912)—El porvenir de España. (1912)—Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos. (1913)—En espejo de la muerte. Cuentos. (1913)—Niebla. Novela o Nivola. (1914)—Una visita a León. (1916)—Ensayos. Seis volúmenes. (1916—1918)—Abel Sánchez. Novela. (1917)—Tres novelas y ejemplares y un prólogo. (1920)—El Cristo de Velásquez. Poesía. (1920)—La Tía Tula. Novela. (1921)—Sensaciones de Bilbao. (1922)—Teresa. Poesía. (1923)—Rimas de adentro. Poesía. (1923)—Fedra. Teatro. (1924)—Ibsen y Kiekegaard. La agonía del cristianismo. 1925).—Vida de Don Quijote y Sancho. (1925)—De Fuenteventura a París. (1925)—Cómo se hace una novela. (1927)—Romancero del destierro. (1927)—Sombras de sueño. Teatro. (1930).

PERSONALIDAD.—Más de uno me ha reprochado la personalidad de mis escritos; el que me pongo en ellos; el que siempre se me ve allí; el que yo, el yo que unos llamamos impertinente y otros satánico, se mueve y se agita en sus líneas todas. Confieso en efecto, que no profeso las doctrinas de Flaubert respecto a la impersonalidad en el arte; es más, que creo que esas doctrinas no son sinceras y que si gusto tanto de los escritos de Flaubert, de sus novelas, es porque veo en ellas a Flaubert mismo y mucho más desde que leí su correspondencia privada. Los únicos escritores perfectamente impersonales son los que carecen de toda personalidad, y entre ellos los puros eruditos y los meros informadores.

Miguel de Unamuno.



APUNTE SOBRE UNAMUNO

—por Baltasar Isaza Calderón—

Pertenece don Miguel de Unamuno, atendida su filiación histórica, a la llamada Generación del noventa y ocho, que surge a la vida literaria, cuando se consuma, en grado sobre manera humillante para el honor peninsular, la pérdida del imperio colonial de España en el continente colombino.

Uno de los temperamentos más particularmente sensibles a la magnitud y profundidad de la tragedia es el vasco don Miguel, hombre en quien parecen juntarse, con calidad pocas veces igualada, rancios zumos del alma secular de su pueblo, que trasudan, provocando hondos desgarramientos, desde la entraña cordial del escritor, y dan razón de esa enfermedad, no clasificada en las terapéuticas al uso, que el propio Unamuno bautizó con la rúbrica “dolor de España”.

Penetrar en la obra de nuestro autor equivale casi a un peregrinaje espiritual cuyos jalones van marcados por las distintas fases de esta su esencial preocupación. Hay, a causa de ello, en las producciones de don Miguel, esas alternativas que impiden concebirlas como obedientes a un plan madurado reflexivamente en las fábricas de la inteligencia.

Tal parece que el escritor está ligado con fuerzas invisibles aunque poderosas, a mandamientos túelricos que imponen su presencia sin anuncio ni requerimiento; de suerte que, actuando como levadura dotada de aguda capacidad de impregnación, asoman con frecuencia a lo largo de sus producciones y hacen de Unamuno un tipo de escritor temperamental, en quien predominan, por sobre las líneas de la estructura lógica, los retorcimientos del hontanar emotivo.

Por ello su obra no tiene los lineamientos tersos de una construcción intelectual en que destaque el rigorismo dialéctico del pensador, ni su estilo transcurre dentro de normas pulcramente académicas. Hace concesiones abundantes al habla de tono menor, carente de exigencias, y otras veces, echando mano de su extraordinaria cultura lingüística, gusta de meterse por entre los predios etimológicos para rastrear algún sentido preciso en el cual desea poner énfasis singular.

También por la misma razón apuntada, don Mi-

guel ha cultivado distintos géneros literarios. sin quedarse definitivamente en ninguno. Los trabajos del ensayista, que son muchos ciertamente, alternan con sus incursiones en el mundo poético y con su devoción a la novela. Sin que haya desistido, además, de probar fortuna en el tinglado teatral.

Ha llevado a toda su producción, por otra parte, la inquietud característica de su alma en constante y a veces trágica lucha con los arcanos del destino. Porque es don Miguel un español atormentado en quien la vieja savia cristiana de su raza, puesta en conflicto con las elucubraciones del pensador, produce un angustioso desequilibrio espiritual, no resuelto para desgracia suya, en una iluminada y definitiva interpretación. El título de una de sus obras más celebradas viene a ser, en este sentido, clave del hombre y del escritor: EL SENTIMIENTO TRAGICO DE LA VIDA.



PADRES DE FAMILIA, PRESTAD ATENCION A LA ALIMENTACION DE VUESTROS HIJOS

Por lo general los hogares panameños prestan poca atención a los alimentos que sirven a la mesa.

Las comidas abundan en alimentos que contienen excesiva cantidad de azúcar en la fécula o almidón de la cual están compuestos. Los platos más frecuentes de las comidas panameñas son la yuca, el arroz, el name, el otoo, zapallo, camote, harinas en general y dulces.

Ninguna alimentación es apropiada a las necesidades humanas si no reúne el grupo completo de los alimentos que suministran primero, energía al cuerpo humano y segundo, le protegen contra las enfermedades.

Estos alimentos son: las carnes 2); las grasas 3); el grupo protector y 4), el azúcar.

Los alimentos que contienen azúcar que suministren energía o calor al organismo son además de las verduras, las harinas, las pastas, los granos, los productos de panadería, y los dulces.

Los alimentos que suministran carnes son la carne de res, de cerdo, de aves, de pescado y de mariscos. También la leche y sus derivados y los huevos.

Los alimentos de grasa son: el aceite, la mantequilla, la manteca de cerdo, la crema de la leche, la yema del huevo y el tocino.

Los alimentos protectores, quizás los más importantes para conservar la salud y la vida son, entre otros, los siguientes: frutas de toda clase, vegetales frescos y productos de hortaliza. Legumbres, huevos, leche y queso.

Los niños y las mujeres en estado de embarazo deben tomar 1 botella de leche todos los días. Los hombres necesitan media botella.

Tomates, frutas ácidas, papaya y ensaladas crudas deben ser ingeridas por lo menos una vez al día, y si es posible dos veces al día.

Frutas dulces, vegetales verdes y amarillos 2 veces al día.

Los huevos deben ingerirse por lo menos 3 o 4 veces a la semana. La dieta completa exige un huevo todos los días para cada persona de la familia. Cereales y pan deben ser suministrados al cuerpo 1 vez todos los días.

La grasa puede ser provista mediante la mantequilla a razón de una cucharada todos los días. Luego aceites en ensaladas y manteca de cerdo para cocinar.

El dulce debe ser usado en la mesa con mucha moderación y el agua tomarse a razón de 6 vasos al día.

JUNTA NACIONAL DE NUTRICION—BANCO AGROPECUARIO.



El Marqués de Lumbría

—Cuento por Miguel de Unamuno—

La casona solariega de los marqueses de Lumbría, el palacio, que es como se le llamaba en la adusta ciudad de Lorenza, parecía un arca de silenciosos recuerdos del misterio. A pesar de hallarse habitada, casi siempre permanecía con las ventanas y los balcones que daban al mundo cerrados. Su fachada, en la que se destacaba el gran escudo de armas del linaje de Lumbría, daba al Mediodía, a la gran plaza de la Catedral, y frente a la ponderosa y barroca fábrica de ésta; pero como el sol la bañaba casi todo el día, y en Lorenza apenas hay días nublados, todos sus huecos permanecían cerrados. Y ello porque el excelentísimo señor marqués de Lumbría, don Rodrigo Suárez de Tejada, tenía horror a la luz del sol y al aire libre. “El polvo de la calle y la luz del sol — solía decir — no hacen más que destruir los muebles y echar a perder las habitaciones, y luego, las moscas...” El marqués tenía verdadero horror a las

moscas, que podían venir de un andrajoso mendigo, acaso de un tiñoso. El marqués temblaba ante posibles contagios de enfermedades plebeyas. Eran tan sucios los de Lorenza y su comarca...

Por la trasera daba la casona al enorme tajo escarpado que dominaba al río. Una manta de yedra cubría por aquella parte grandes lienzos del palacio. Y aunque la yedra era abrigo de ratones y otras alimañas, el marqués la respetaba. Era una tradición de familia. Y en un balcón puesto allí, a la umbria, libre del sol y de sus moscas, solía el marqués ponerse a leer mientras le arrullaba el rumor del río, que gruñía en el congosto de su cauce, forcejeando con espumarajos por abrirse paso entre las rocas del tajo.

El excelentísimo señor marqués de Lumbria vivía con dos hijas, Carolina, la mayor y Lucía, y con su segunda mujer, doña Vicenta, señora de brumoso seso, que cuando no estaba durmiendo estaba quejándose de todo, y en especial del ruido. Porque así como el marqués temía al sol, la marquesa temía al ruido, y mientras aquél se iba en las tardes de estío a leer en el balcón en sombra, entre yedra, al son del canto secular del río, la señora se quedaba en el salón delantero a echar la siesta sobre una vieja butaca de raso, a la que no había tocado el sol, y al arrullo del silencio de la plaza de la Catedral.

El marqués de Lumbria no tenía hijos varones, y ésta era la espina dolorosísima de su vida. Como que para tenerlos se había casado, a poco de enviudar con su mujer, con doña Vicenta, su señora, y la señora le había resultado estéril.

La vida del marqués transcurría tan monótona y cotidiana, tan consuetudinaria y ritual, como el gruñir del río en lo hondo del tajo o como los oficios litúrgicos del cabildo

de la catedral. Administraba sus fincas y dehesas, a las que iba en visita siempre corta, de vez en cuando, y por la noche tenía su partido de tresillo con el penitenciario, consejero íntimo de la familia, un beneficiado y el registrador de la Propiedad. Llegaban a la misma hora, cruzaban la gran puerta, sobre la que se ostentaba la placa del Sagrado Corazón de Jesús con su "Reinaré en España y con más veneración que en otras partes", sentábanse en derredor de la mesita—en invierno una camilla—, dispuesta ya, y al dar las diez, como por máquina de reloj, se iban alejando, aunque hubiera puestas, para el siguiente día. Entretanto, la marquesa dormitaba y las hijas del marqués hacían labores leían libros de edificación—acaso otros obtenidos a hurtadillas—o reñían una con otra.

Porque como para matar el tedio que se corría desde el salón cerrado al sol y a las moscas, hasta los muros vestidos de yedra, Carolina y Luisa tenían que reñir. La mayor, Carolina, odiaba al sol, como su padre, y se mantenía rígida y observante de las tradiciones de la casa; mientras Luisa gustaba de cantar, de asomarse a las ventanas y los balcones y hasta de criar en éstos flores de tiesto, costumbre plebeya, según el marqués. "¿No tienes el jardín?", le decía éste a su hija, refiriéndose a un jardincillo anexo al palacio, pero al que rara vez bajaban sus habitantes. Pero ella, Luisa, quería tener tiestos en el balcón de su dormitorio, que daba a una calleja de la plaza de la Catedral, y regarlos, y con este pretexto asomarse a ver quién pasaba. "Qué mal gusto de atisbar lo que no nos importa...", decía el padre; y la hermana mayor, Carolina, añadía: "¡No, sino de andar a caza!" Y ya la tenían armada.

Y los asomos al balcón del dormitorio y el riego de

las flores de tiestos dieron su fruto. Tristán Ibáñez del Gamonal, de una familia linajuda también y de las más tradicionales de la ciudad de Lorenza, se fijó en la hija segunda del marqués de Lumbria, a la que vió sonreír, con ojos como de violeta y boca como de geranio, por entre las flores del balcón de su dormitorio. Y ello fué que, al pasar un día Tristán por la calleja, se le vino encima el agua del riego que rebosaba de los tiestos, y al exclamar Luisa: “¡Oh, perdone, Tristán!”, éste sintió como si la voz doliente de una princesa presa en un castillo encantado le llamara a su socorro.

—Esas cosas, hija—le dijo su padre—, se hacen en forma y seriamente. ¡Chiquilladas, no!

—¿Pero, a ¿qué viene eso, padre?—exclamó Luisa.

—Carolina te lo dirá.

Luisa se quedó mirando a su hermana mayor, y ésta dijo:

—No me parece, hermana, que nosotras, las hijas de los marqueses de Lumbria, hemos de andar haciendo las cosas en cortejos y pelando la pava desde el balcón como las artesanas. ¿Para eso eran las flores?

—Que pida entrada ese joven—sentenció el padre—, y pues qué, por mi parte nada tengo que oponerle, todo se arreglará. ¿Y tú, Carolina?

—Yo —dijo ésta— tampoco me opongo.

Y se le hizo a Tristán entrar en la casa como pretendiente formal a la mano de Luisa. La señora tardó en enterarse de ello.

Y mientras transcurría la sesión de tresillo, la señora dormitaba en un rincón de la sala, y, junto a ella, Carolina y Luisa, haciendo labores de punto o de bolillos cuchicheaban con Tristán, al cual procuraban no dejarle nunca solo

con Luisa, sino siempre con las dos hermanas. En esto era vigilantísimo el padre. No le importaba, en cambio, que alguna vez recibiera a solas Carolina al que había de ser su cuñado, pues así le instruiría mejor de las tradiciones y costumbres de la casa.

Los contertulios tresillistas, la servidumbre de la casa y hasta los del pueblo, a quienes intrigaba el misterio de la casona, notaron que a poco de la admisión en ésta de Tristán como novio de la segundona del marqués, el ámbito espiritual de la hierática familia pareció espesarse y ensombrecerse. La taciturnidad del marqués se hizo mayor, la señora se quejaba más que nunca del ruido, y el ruido era menor que nunca. Porque las riñas y querellas entre las dos hermanas eran mayores y más enconadas que antes, pero más silenciosas. Cuando, al cruzarse en un pasillo, la una insultaba a la otra, o acaso la pellizcaba, hacíanlo como en susurro y ahogaban las quejas. Sólo una vez oyó Mariana, la vieja doncella, que Luisa gritaba: “Pues lo sabrá toda la ciudad, ¡sí, lo sabrá la ciudad toda! ¡Saldré al balcón de la plaza de la Catedral a gritárselo a todo el mundo!” “¡Calla!” —gimió la voz del marqués, y luego una expresión tal, tan inaudita allí, que Mariana huyó despavorida de junto a la puerta donde escuchaba.

A los pocos días de esto, el marqués se fué de Lorenza llevándose consigo a su hija mayor, Carolina. Y en los días que permaneció ausente, Tristán no pareció por la casa. Cuando regresó el marqués solo, una noche se creyó obligado a dar alguna explicación a la tertulia del tresillo. “La pobre no está bien de salud” —dijo mirando fijamente al penitenciario—; ello la lleva, ¡cosa de nervios!, a constantes disensiones, sin importancia, por supuesto, con su hermana, a quien, por lo demás, adora, y la he llevado

a que se reponga". Nadie le contestó nada.

Pocos días después, en familia, muy en familia, se celebraba el matrimonio entre Tristán Ibáñez del Gamonal y la hija segunda del excelentísimo señor marqués de Lumbría. De fuera no asistieron más que la madre del novio y los tresillistas.

Tristán fué a vivir con su suegro, y el ámbito de la casona se espesó y entenebreció más aún. Las flores del balcón del dormitorio de la recién casada se ajaron por falta de cuidado; la señora se dormía más que antes, y el señor vagaba como un espectro, taciturno y cabizbajo, por el salón cerrado a la luz del sol de la calle. Sentía que se le iba la vida, y se agarraba a ella. Renunció al tresillo, lo que pareció su despedida del mundo, si es que en el mundo vivió. "No tengo ya la cabeza para el juego —le dijo a su confidente el penitenciario—; me distraigo a cada momento y el tresillo no me distrae ya; sólo me queda prepararme a bien morir".

Un día, amaneció con un ataque de perlesía. Apenas si recordaba nada. Más en cuanto fué recobrándose, pareció agarrarse con más desesperado tesón a la vida. "No, no puedo morir hasta ver cómo queda la cosa". Y a su hija, que le llevaba la comida a la cama, le preguntaba ansioso: "¿Cómo va eso? ¿Tardará?" "Ya no mucho, padre". "Pues no me voy, no debo irme, hasta recibir al nuevo marqués; porque tiene que ser varón, ¡un varón!; hace aquí falta un hombre, y si no se un Suárez de Tejada, será un Rodrigo y un marqués de Lumbría". "Eso no depende de mí, padre..." "Pues eso más faltaba, hija —y le temblaba la voz al decirlo—, que después de habérsenos metido en casa ese... botarate, no nos diera un marqués... Era capaz de..." La pobre Luisa lloraba. Y Tristán parecía un

reo y a la vez un sirviente.

La excitación del pobre señor llegó al colmo cuando supo que su hija estaba para librar. Temblaba todo él con fiebre de expectativa. "Necesitaba más cuidado que la parturienta" —dijo el médico.

—Cuando dé a luz Luisa —le dijo el marqués a su yerno—, si es hijo, si es marqués, tráemelo en seguida, que lo vea, para que pueda morir tranquilo; tráemelo tú mismo.

Al oír el marqués aquel grito, incorporóse en la cama y quedó mirando hacia la puerta del cuarto, acechando. Poco después entraba Tristán, compungido, trayendo bien arropado al niño. "¡Marqués!" —gritó el anciano— "¡Sí!" —Echó un poco el cuerpo hacia adelante a examinar al recién nacido, le dió un beso balbuciente y tembloroso, un beso de muerte, y sin mirar siquiera a su yerno se dejó caer pesadamente sobre la almohada y sin sentido. Y sin haberlo recobrado murióse dos días después.

Vistieron de luto, con un lienzo negro, el escudo de la fachada de la casona, y el negro del lienzo empezó desde luego de ajarse con el sol, que le daba de lleno durante casi todo el día. Y un aire de luto pareció caer sobre la casa toda, a la que no llevó alegría ninguna el niño.

La pobre Luisa, la madre, salió extenuada del parto. Empeñóse en un principio en criar a la criatura, pero tuvo que desistir de ello. "Pecho mercenario... pecho mercenario..." Suspiraba. "¡Ahora, Tristán a criar al marqués!" —le repetía a su marido.

Tristán había caído en una tristeza indefinible y se sentía envejecer. "Soy como una dependencia de la casa, casi un mueble" —se decía—. Y desde la calleja solía contemplar el balcón del que fué dormitorio de Luisa, balcón ya sin tiestos de flores.

—Si volviésemos a poner flores en tu balcón, Luisa... —se atrevió a decirle una vez a su mujer.

—Aquí no hay más flor que el marqués —le contestó ella.

El pobre sufría con que a su hijo no se le llamase sino el marqués. Y huyendo de casa, dió en refugiarse en la catedral. Otras veces salía, yéndose no se sabía adónde. Y lo que más le irritaba era que su mujer ni intentaba averiguarlo.

Luisa sentíase morir, que se le derretía gota a gota la vida. “Se me va la vida como un hilito de agua —decía—; siento que se me adelgaza la sangre; me zumba la cabeza, y si aún vivo, es porque me voy muriendo muy despacito... Y si lo siento, es por él, por mi marquesito, sólo por él... ¡Qué triste vida la de esta casa sin sol...! Yo creí que tú, Tristán, me hubieses traído sol y libertad y alegría; pero no, tú no me has traído más que al marquesito... ¡Tráemelo!” Y le cubría de besos lentos, temblorosos y febriles. Y a pesar de que se hablaban, entre marido y mujer se interponía una cortina de helado silencio. Nada decían de lo que más les atormentaban las mentes y los pechos.

Cuando Luisa sintió que el hilito de su vida iba a romperse, poniendo su mano fría sobre la frente del niño, de Rodriguín, le dijo al padre: “Cuida del marqués. ¡Sacrificate al marqués! ¡Ah, y a ella dile que la perdono!” “¿Y a mí? —gimió Tristán. “¿A tí? ¡Tú no necesitas ser perdonado!” Palabras que cayeron como una terrible sentencia sobre el pobre hombre. Y poco después de oírlas se quedó viudo.

Viudo, joven, dueño de una considerable fortu-

na, la de su hijo el marqués, y preso en aquel lúgubre caserón cerrado al sol, con recuerdos que siendo de muy pocos años le parecían ya viejísimos. Pasábase las horas muertas en un balcón de la trasera de la casona, entre la yedra, oyendo el zumbido del río. Y se pasaba largos ratos encerrado con el penitenciario, revisando, se decía, los papeles del difunto marqués y arreglando su testamentaria.

Pero lo que dió un día que hablar en toda la ciudad de Lorenza fué que, después de una ausencia de unos días, volvió Tristán a la casona con Carolina, su cuñada, y ahora su nueva mujer. ¿Pues no se decía que había entrado monja? ¿Dónde, y cómo vivió durante aquellos cuatro años?

Carolina volvió arrogante y con un aire de insólito desafío en la mirada. Lo primero que hizo al volver, fué mandar quitar el lienzo de luto que cubría el escudo de la casa. “Que le dé el sol —exclamó—, que le dé el sol, y soy capaz de mandar embadurnarlo de miel para que se llene de moscas”. Luego mandó quitar la yedra. “Pero Carolina —suplicaba Tristán—. ¡déjate de antiguallas!”

El niño, el marquesito, sintió desde luego en su nueva madre al enemigo. No se avino a llamarla mamá, a pesar de los ruegos de su padre; la llamó siempre tía. “Pero quién le ha dicho que soy su tía? —preguntó ella—. ¿Acaso Mariana?” “No lo sé, mujer, no lo sé —contestaba Tristán—; pero aquí, sin saber cómo, todo se sabe”. “¿Todo?” “Sí, todo; esta casa parece que lo dice todo...” “Pues callemos nosotros”.

La vida pareció adquirir dentro de la casona una recogida intensidad acerba. El matrimonio salía

muy poco de su cuarto, en el que retenía Carolina a Tristán. Y en tanto, el marquesito quedaba a merced de los criados y de un preceptor que iba a diario a enseñarle las primeras letras, y del penitenciario, que se cuidaba de educarle en religión.

Renudóse la partida de tresillo; pero durante ella, Carolina, sentada junto a su marido, seguía las jugadas de éste y le guiaba en ellas. Y todos notaban que no hacía sino buscar ocasión de ponerle la mano sobre la mano, y que de continuo estaba apoyándose en su brazo. Y al ir a dar las diez, le decía: "Tristán, ya es hora!" Y de casa no salía él sino con ella, que se le dejaba casi colgar del brazo y que iba barriendo la calle con una mirada de desafío.

El embarazo de Carolina fué penosísimo. Y parecía no desear al que iba a venir. Cuando hubo nacido, ni quiso verlo. Y al decirle que era una niña, que nació desmedrada y enteca, se limitó a contestar secamente: "¡Sí, nuestro castigo!" Y cuando poco después la pobre criatura empezó a morir, dijo la madre: "Para la vida que hubiese llevado..."

—Tú estás así muy solo —le dijo años después un día Carolina a su sobrino, el marquesito—; necesitas compañía y quien te estimule a estudiar, y así, tu padre y yo hemos decidido traer a casa a un sobrino, a uno que se ha quedado solo...

El niño, que ya a la sazón tenía diez años, y que era de una precocidad enfermiza y triste, quedóse pensativo.

Cuando vino el otro, el intruso, el huérfano, el marquesito se puso en guardia, y la ciudad toda de

Lorenza no hizo sino comentar el extraordinario suceso. Todos creyeron que como Carolina no había logrado tener hijos suyos, propios, traía el adoptivo, el intruso, para molestar y oprimir al otro. al de su hermana...

Los dos niños se miraron desde luego como enemigos, porque si imperioso era el uno, no lo era menos el otro. "Pues tú, qué te crees—le decía Pedrito a Rodriguín. ¿qué porque eres marqués vas a mandarme...? Y si me fastidias mucho, me voy y te dejo solo". "Déjame solo. que es como quiero estar, y tú vuélvete adonde los tuyos". Pero llegaba Carolina. y con un "¡niños!" los hacía mirarse en silencio.

—Tío— (que así le llamaba), fué diciéndole una vez Pedrito a Tristán—, yo me voy, yo me quiero ir, yo quiero volverme con mis tías; no lo puedo resistir a Rodriguín; siempre me está echando en cara que yo estoy aquí para servirle y como de limosna.

—Ten paciencia, Pedrín, ten paciencia; ¿no la tengo yo?— Y cogiéndole al niño la cabecita se la apretó a la boca y lloró sobre ella, copiosa, lenta y silenciosamente.

Aquellas lágrimas las sentía el niño como un riego de piedad. Y sintió una profunda pena por el pobre hombre, por el pobre padre del marquesito.

La que no lloraba era Carolina.

Y sucedió que un día, estando marido y mujer muy arrimados en un sofá, cogidos de las manos y mirando al vacío penumbroso de la estancia, sintieron ruido de pendencia, y al punto entraron los

niños, sudorosos y agitados: “¡Yo me voy! ¡Yo me voy!” —gritaba Pedrito—. “¡Vete, vete y no vuelvas a mi casa!”— le contestaba Rodriguín. Pero cuando Carolina vió sangre en las narices de Pedrito, saltó como una leona hacia él, gritando: “¡Hijo mío! ¡Hijo mío!” Y luego, volviéndose al marquesito, le escupió esta palabra: “¡Caín!”

—¿Caín? ¿Es acaso mi hermano?—preguntó abriendo cuanto pudo los ojos el marquesito.

Carolina vaciló un momento. Y luego, como apuñándose el corazón, dijo con voz ronca: “¡Pero es mi hijo!”

—¡Carolina! —gimió su marido.

—Sí —prosiguió el marquesito—, ya presumía yo que era su hijo, y por ahí lo dicen.... Pero lo que no sabemos es quién sea su padre, ni si lo tiene.

Carolina se irguió de pronto. Sus ojos centelleaban y le temblaban los labios. Cogió a Pedrillo, a su hijo, lo apretó entre sus rodillas y, mirando duramente a su marido, exclamó:

—¿Su padre? Dile tú, el padre del marquesito, dile tú al hijo de Luisa, de mi hermana, dile tú al nieto de don Rodrigo Suárez de Tejada, marqués de Lumbría, dile quién es su padre. ¡Díselo! ¡Díselo, que si no, se lo diré yo! ¡Díselo!

—¡Carolina! —suplicó llorando Tristán.

—¡Díselo! ¡Dile quién es el verdadero marqués de Lumbría!

—No hace falta que me lo diga —dijo el niño.

—Pues bien, sí: el marqués es éste, éste y no tú; éste, que nació antes que tú, y de mí, que era la mayorazga, y de tu padre, sí de tu padre. Y el mío,

por eso del escudo... Pero yo haré quitar el escudo, y abriré todos los balcones al sol, y haré que se le reconozca a mi hijo como quien es: como el marqués.

Luego, empezó a dar voces llamando a la servidumbre, y a la señora, que dormitaba, ya casi en la imbecilidad de la segunda infancia. Y cuando tuvo a todos delante, mandó abrir los balcones de par en par, y a grandes voces se puso a decir con calma:

—Este, éste es el marqués, éste es el verdadero marqués de Lumbría; éste es el mayorazgo. Este es el que yo tuve de Tristán, de este mismo Tristán que ahora se esconde y llora, cuando él acababa de casarse con mi hermana, al mes de haberse ellos casado. Mi padre, el excelentísimo señor marqués de Lumbría, me sacrificó a sus principios, y acaso también mi hermana estaba comprometida como yo...

—¡Carolina!—gimió el marido.

—Cállate, hombre, que hoy hay que revelarlo todo. Tu hijo, vuestro hijo, ha arrancado sangre, ¡sangre azul! no, sino roja, y muy roja, de nuestro hijo, de mi hijo, del marqués...

—¡Qué ruido, por Dios! —se quejó la señora, acurrucándose en una butaca de un rincón.

—Y ahora —prosiguió Carolina dirigiéndose a los criados—, id y propalad el caso por toda la ciudad; decid en las plazuelas y en los patios y en las fuentes lo que me habéis oído; que lo sepan todos, que conozcan todos la mancha del escudo.

—Pero si toda la ciudad lo sabía ya... —surró Mariana.

—¿Cómo?—gritó Carolina.

—Sí, señorita, sí; lo decían todos...

—Y para guardar un secreto que lo era a voces, para ocultar un enigma que no lo era para nadie, para cubrir unas apariencias falsas. ¿hemos vivido así, Tristán? ¡Miseria y nada más! Abrid esos balcones, que entre la luz, toda la luz y el polvo de la calle y las moscas, y mañana mismo se quitará el escudo. Y se pondrán tiestos de flores en todos los balcones, y se dará una fiesta invitando al pueblo de la ciudad, al verdadero pueblo. Pero no; la fiesta se dará el día en que éste, mi hijo, vuestro hijo el que el penitenciario llama hijo del pecado, cuando el verdadero pecado es el que hizo hijo al otro, el día en que éste sea reconocido como quien es y marqués de Lumbría.

Al pobre Rodriguín tuvieron que recogerle de un rincón de la sala. Estaba pálido y febril. Y negó-se luego a ver ni a su padre ni a su hermano.

—Le meteremos en un colegio—sentenció Carolina.

En toda la ciudad de Lorenza no se hablaba luego sino de la entereza varonil con que Carolina llevaba adelante sus planes. Salía a diario, llevando del brazo y como a un prisionero a su marido, y de la mano al hijo de su mocedad. Mantenía abiertos de par en par los balcones todos de la casona, y el sol ajaba el raso de los sillones y hasta daba en los retratos de los antepasados. Recibía todas las noches a los tertulianos del tresillo, que no se atrevieron a negarse a sus invitaciones, y era ella misma la que, teniendo al lado a su Tristán, jugaba con las cartas de éste. Y le acariciaba delante de los tertulianos, y

dándole golpecitos en la mejilla, le decía: "¡Pero qué pobre hombre eres, Tristán!" Y luego a los otros: "¡Mi pobre maridito no sabe jugar solo!" Y cuando se habían ellos ido, le decía a él: "La lástima es, Tristán, que no tengamos más hijos... después de aquella pobre niña... aquélla sí que era hija del pecado, aquélla y no nuestro Pedrín...; pero ahora, a criar a éste, al marqués!"

Hizo que su marido lo reconociera como suyo, engendrado antes de él, su padre, haberse casado, y empezó a gestionar para su hijo, para su Pedrín, la sucesión del título. El otro, en tanto, Rodriguín, se consumía de rabia y tristeza en un colegio.

—Lo mejor sería —decía Carolina— que le entre la vocación religiosa; ¿no la has sentido tú nunca, Tristán? Porque me parece que más naciste tú para fraile que para otra cosa...

—Y que lo digas tú, Carolina... —se atrevió a insinuar suplicante su marido.

—¡Sí, yo: lo digo yo, Tristán! Y no quieras envanecerte por lo que pasó, y que el penitenciario llama nuestro pecado, y mi padre, el marqués, la mancha de nuestro escudo. ¿Nuestro pecado? ¡El tuyo, no, Tristán; el tuyo, no! ¡Fuí yo quien te seduje, yo! Ella, la de los geranios, la que te regó el sombrero, el sombrero, y no la cabeza, con el agua de sus tiestos, ella te trajo acá, a la casona; pero quien te ganó fuí yo. ¡Recuérdalo! Yo quise ser la madre del marqués. Sólo que no contaba con el otro. Y el otro era fuerte, más fuerte que yo. Quise que te rebelaras, y tú no supiste, no pudiste rebelarte...

—Pero Carolina...

—Sí, sí sé bien todo lo que hubo; lo sé. Tu carne ha sido siempre muy flaca. Y tu pecado fué el dejarte casar con ella; ése fué tu pecado. ¡Y lo que me hicisteis sufrir! Pero yo sabía que mi hermana, que Luisa, no podría resistir a su traición y a tu ignominia. Y esperé. Esperé pacientemente y criando a mi hijo. Y ¡lo que es criarlo cuando media entre los dos un terrible secreto! ¡Le he criado para la venganza! Y a tí, a su padre...

—Sí, que me despreciará...

—¡No, despreciarte, no! ¿Te desprecio yo acaso?

—¿Pues qué otra cosa?

—¡Te compadezco! Tu despertaste mi carne y con ella mi orgullo de mayorazga. Como nadie se podía dirigir a mí sino en forma y por medio de mi padre... como yo no iba a asomarme como mi hermana al balcón, a sonreír a la calle... como aquí no entraban más hombres que patanes de campo o esos del tresillo, patanes también de coro... Y cuando entraste aquí te hice sentir que la mujer era yo, yo, y no mi hermana... ¿Quieres que te recuerde la caída?

—¡No, por Dios, Carolina, no!

—Sí, mejor es que no te la recuerde. Y eres el hombre caído. ¿Ves cómo te decía que naciste para fraile? Pero no, no, tú naciste para que yo fuese la madre del marqués de Lumbría, de don Pedro Ibáñez del Gamonal y Suárez de Tejada. De quien haré un hombre. Y le mandará labrar un escudo nuevo, de bronce, y no de piedra. Porque he hecho quitar el de piedra para poner en su lugar

otro de bronce. Y en él una mancha roja, de rojo de sangre, de sangre roja, de sangre roja como la que su hermano, su medio hermano, tu otro hijo, el hijo de la traición y del pecado, le arrancó de la cara roja como mi sangre, como la sangre que también me hiciste sangrar tú.... No te aflijas —y al decirle esto le puso la mano sobre la cabeza—, no te acongojes, Tristán, mi hombre... Y mira ahí, mira al retrato de mi padre, y dime tú, que le viste morir, que diría si viese a su otro nieto, al marqués... ¿Con que te hizo que le llevaras a tu hijo, al hijo de Luisa! Pondré en el escudo de bronce un rubí, y el rubí chispeará al sol. ¿Pues qué creíais, que no había sangre, sangre roja, roja y no azul, en esta casa? Y ahora, Tristán, en cuanto dejemos dormido a nuestro hijo, el marqués de sangre roja, vamos a acostarnos.

Tristán inclinó la cabeza bajo un peso de siglos.

F I N



FARMACIA SELECTA

Magnifico surtido de medicinas de patente ,

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "I" No. 4

**La mejor HARINA DE MAIZ de
la República**

la fabrica

EL MOLINO SEVERINO

Calle Montesión No. 10—Tel. 278—Apartado 717

Panamá, R. de P.

GRAN RIFA
"LOS TRES REYES MAGOS"



SE RIFAN TRES CASAS COMO ESTA

1er PREMIO	UN CHALET
2º "	UN CHALET
3er "	UN CHALET

SE JUEGA EL 6 DE ENERO

COMPRE SU TIQUETE EN CANTINA DOC—BAZAR
INTERNACIONAL—CASA KAYSER

Los mejores libros para su Biblioteca

Colecciones lujosamente encuadernadas

EL TESORO DE LA JUVENTUD, EL MUNDO PINTORESCO, HISTORIA DE AMERICA, GRANDES AUTORES DE LA LITERATURA UNIVERSAL, ENCICLOPEDIA DE LA MUSICA, DICCIONARIO ENCICLOPEDICO HISPANOAMERICANO

Y para todas las ramas del Comercio, Industria, Agricultura, Ganaderia, etc. la magnifica

SELECCION CONTABLE
y la
COLECCION MODERNA DE CONOCIMIENTOS UNIVERSALES

• • •

AGENCIA INTERNACIONAL DE PUBLICACIONES

(Plaza Catedral)

J. MENENDEZ & CIA

Apartado 1574

Panamá, R. de P.

Tel. 2036-J

C A F E S A V O Y

ABIERTO

de 6 a. m.

a 12 p. m.



Calle H y 17 Oeste

Concurso: Dos Panameños a Cuba



Guarde sus estuches
vacíos y cámbelos por
riquenes numerados en
su oficina de
PLAZA CATEDRAL

3 SONRISAS
DE TRIUNFO!

3 SONRISAS GRAVI!



La Reina de las Cremas Dentales

EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 70)

FABRICA DE ROPA

GUAYABERAS, CALZONCILLOS, PANTALONES Y UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES

Gerente General: Raimundo Ortega Vieto

Teléfono 2732_J

Apartado: 572

Angelini

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890



Teléfono 887-1687

Avenida Central 179

MARIO GALINDO Y CIA. S. A.

Avenida Norte 71

Teléfono 119

Materiales de construcción

Ferretería en general.

LA PINTURA DE MEJOR CALIDAD



Librería
Ibero - Americana
AVENIDA "B" 98
(Cerca de la Estación del
Ferrocarril)
Libros: Filosofía
Ciencias Ocultas
Literatura Arquitectura
Medicina etc.

MUEBLERIA
T U Ñ O N
Ave. Central y Calle 31
(Edificio San Roque)
Muebles cómodos y
elegantes a precios
especiales
Compre sus muebles con
tiempo.
Aproveche nuestros
precios especiales.

INSTITUTO
CREACION
Calle "H" 55
(Esquina Estudiante)
Teléfono 2507_J
Cursos de Corte y
Confección, Modisteria,
Alta Costura, Belleza,
Cosmeteria, Peluqueria,
Dibujo Lineal, Economía
Doméstica y Secretariado
Se admiten matriculas
para clases de:
Inglés, Taquigrafía,
Mecanografía, Castellano
y Francés.

Centro
Internacional
de
Importaciones
y
Exportaciones
Ventas al por mayor
D. G. LANGSHAW
Calle 12 Nº. 14
Teléfono 1394
Apartado 799
Cables "Langshaw"
Panamá, R. P.

Cadena

Panameña

Radiodifusión

HOC Y HP5A
PANAMA

•

HOK Y HP5K
COLON

•

UNICA RED
TELEFONICA
DEL ISTMO

•

EMPRESA QUE COOPERA
EN LA LABOR PRO-CUL-
TURA DE PANAMA

H O T E L
B O L I V A R

El mejor en su clase

FARMACIA PANAMENA



Calle 26 Oeste 30—Tel. 1087.B

LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la República se sostienen con el producto de LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados comprando únicamente billetes de la LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

LOS TRES MOSQUETEROS PANAMEÑOS

Balboa Atlas - Milwaukee



ALEJANDRO DUMAS tropezó en las Memorias del señor de Artagnan con los nombres de los TRES MOSQUETEROS. Desde entonces no tuvo sosiego. Nos dedicamos" dice "a buscar en las obras contemporáneas vestigios de aquellos nombres extraordinarios."

Tan extraordinarios como los de los TRES MOSQUETEROS son los nombres de BALBOA ATLAS y MILWAUKEE y el que se dedique, como Dumas, a buscar sus vestigios, se encontrará con ellos, a la manera en que los tres mosqueteros luchaban por su Rey ha venido luchando por el prestigio de la industria panameña.

Balboa - Atlas - Milwaukee

TRES NOMBRES ILUSTRES
LOS TRES MOSQUETEROS PANAMENOS

CERVECERIA NACIONAL, S. A.

Teléfonos: 31, Panamá — 600, Colón

CUATRO CUENTOS INEDITOS
DE AUTORES PANAMENOS

• ROGELIO SINAN

“TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”
Las excentricidades de una dama alemana que cree volverse negra. Un caso extraño de trastorno obsesivo y un grave escándalo social.

• OFELIA HOOPER

“EL INDIO SEÑIL DOMADOR DE LEOPARDOS”
Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta leopardos.

• FITO AGUILERA

“PANAMA ES UNA TACITA DE ORO”
La tragedia del campesino panameño que abandona su rancho “por no matar al hijo del patrón” y es devorado por la ciudad.

• ALFREDO CANTON

“EL CIEGO DEL BULABA”
Novela corta donde se narra la HISTORIA DEL HOMBRE SIN PATRIA. Drama intenso vivido en el corazón de la selva centroamericana.

—:O:—

Aparecerán en los próximos números de la
BIBLIOTECA SELECTA

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Coleccione SELECTA. Deléitese leyendo los mejores ensayos, los mejores artículos, los mejores poemas, las mejores biografías noveladas y los mejores cuentos narraciones, leyendas, etc etc.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.